

—Pero mi señora—replicó el guasón prebendado—, usted está pensando que la religión es edificio de palos de tabaco, y que cualquiera puede acabar con ella, porque se pone un delantal de seda y se firma con tres puntos.

—Es que . . .

—No es que nada, mi señora, eso es hacer muy chiquito a Jesucristo—repuso ya muy serio el padre Marulanda—, y tener muy poca confianza en sus propias creencias.

—Es que ese hombre viene a fundar aquí en firme una sociedad masónica—dijo la dama casi llorando.

—A fundar aquí una sociedad masónica? ¡En Antioquia nadie puede fundar sociedad que no reparta dividendos!

**No es poesía mostrenca.**—Tenemos en Colombia la costumbre de adjudicarle a Julio Flores cuantos versos oímos o sabemos y cuyo autor ignoramos, siempre que en esos versos figuren suicidios, cementerios, flores mustias, fémures y calaveras.

Un ejemplo de ello es la aclaración que le hizo a Julio Flores mi inteligente e ilustrado amigo Alfonso Villegas Arango, a quien los periódicos le robaron unos versos, para acomodárselos al autor de *Idilio Eterno*; versos que empiezan así: